

TIMÓN DE ATENAS O LA TRAGEDIA DE UNA RUINA ANUNCIADA

Luis Alberto de la Garza

La ruina de Kasch narra la historia de un estado de cosas a otro. Del nudo de la necesidad a la levedad del relato. Es la historia de un reino inmemorial cuyo orden era el del sacrificio: el poder se regeneraba cada tanto con su propia muerte... que estaba escrita en el cielo.

Escrita hacia 1608-1609, *Timón de Atenas* se ubica en el periodo de madurez de William Shakespeare y es tal vez, como señala G. Wilson Knight,¹ “el desplazamiento trágico más arrojado y libre que ningún otro de Shakespeare... cuyo universal significado trágico es, de todos, el más claro”.

En efecto, desde el principio de la obra se dan los elementos de la mis-

¹ G. Wilson Knight, *Shakespeare y sus tragedias. La rueda de fuego*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

ma, y se anticipa con toda claridad el desenlace de la tragedia. Por boca de dos de los aduladores de Timón, que reaparecen casi al final con un cinismo inveterado, se comenta que la gran cantidad de admiradores de Timón se debe a que *su vasta fortuna, apoyada en su natural bueno y generoso, somete y compra a su amor y a su sociedad los corazones de toda clase.*

Se trata del poeta y del pintor que aprovechan la generosidad de Timón, como el resto de sus amistades, que acuden a su casa para ser recompensados por mostrarle sus obras. Anticipando la falsedad del amor a Timón, el poeta escribe una obra en la cual representa a un hombre (Timón) *que este mundo sublunar acaricia y mimó con la premura más efectiva.*

Es la fortuna del héroe la clave de su éxito, pues gracias a que la fortuna le sonríe, él hace de sus *rivales sus esclavos y sus servidores.*

Sin embargo, el poeta profetiza:

De pronto, la Fortuna, obediente a la volubilidad de sus caprichos, precipita al suelo a su reciente preferido; entonces todos sus secuaces, que se esforzaban en alcanzarle en la cima de la colina, incluso trepando con las manos y las rodillas, lo dejan despeñarse abajo, sin que uno solo lo acompañe en su caída (I.i).²

Ese es el destino de Timón; como afirmara en esta misma escena el pintor, *es la historia de siempre...* Sin embargo, es al inicio que Timón de Atenas da la imagen del héroe, en su necesidad de sentirse un ser valioso mediante el despliegue de sus regalos y sus excepcionales banquetes, así como en la prodigalidad con la que inconscientemente derrocha su fortuna.

Pero este heroísmo de Timón representa también su incapacidad para asumir el papel caduco y finito que le toca representar. La sublimación de la vida noble y generosa que predica, es una forma de ocultamiento de la

² Todas las referencias a la tragedia son de las *Obras Completas* de la Editorial Aguilar, Colección Grandes Clásicos, edición mexicana, primera reimpresión, 1994.

muerte de un mundo que ya no es, de unos valores que ya no tienen referente válido, pese a lo cual son la atadura vital del personaje.

“La *necesidad* del individuo de sentirse un objeto valioso es síntoma de una carencia, así como la posibilidad de lo contrario sólo tiene cabida en el mito: el mito de Narciso.”³ La bondad de Timón es la manera en que los otros satisfacen su necesidad, sus deseos y sus temores, haciendo de él un falso héroe dispuesto al sacrificio, sordo a las advertencias que le hacen sus criados sobre su excesiva generosidad.

El mundo de Timón está poblado por una gran variedad de figuras finitas, hombres de toda suerte y condición, con un intenso amor por la carne mortal, representado magistralmente por el personaje central.

Las primeras escenas de la obra nos introducen a un mundo de riqueza, lujo y refinamiento, con toda la *apariencia* del triunfo mundano, en el que Timón vive su pura humanidad, en la mejor tradición antropocéntrica del Renacimiento.

Hay un deseo infinito de alcanzar las estrellas, mucho más dulce que todo posible logro; la aventura trágica de Timón es la de su búsqueda de ensueño por reinos aún inexistentes que trata de realizar en la tierra, pues su alma está pletórica de riqueza erótica y de un gran humanismo. El propio Timón es la encarnación de las aspiraciones humanas que buscan la construcción de un paraíso de amor o del mundo utópico del humanismo refinado.

Son los dioses mismos, a través de la fortuna, los que inspiran la generosidad de Timón para la construcción de una hermandad humana en la que le corresponde el poder, como un juego de simulacros, cuyo origen se encuentra precisamente en los propios dioses.

¡Oh dioses! He pensado: ¿dónde estaría la necesidad de los amigos, si no hubiéramos de tener nunca necesidad de ellos? Serían las criaturas más inútiles del mundo si no necesitáramos emplearlos jamás, y parecerían melodiosos instrumentos encerrados en sus estuches, que guardarían sus sonidos

³ Luis Alberto Ayala, *Tríptico del mal, un análisis del poder en la obra de Ernst Becker*, tesis profesional, FCPyS, UNAM, 1993.

para sí propios. Verdaderamente, me he deseado a menudo ser más pobre, con la idea de sentirme más cerca de vosotros. **Hemos nacido para ejercer la beneficiencia, ¿y qué podemos llamar más exacta y justamente nuestras, que las riquezas de nuestros amigos?** ¡Oh! ¡Qué preciosa felicidad es la de tener un tan grande número, unidos como hermanos y mandando en las fortunas los unos de los otros! (I.ii).

El hombre que *sobrepaja en bondad al corazón de la bondad misma*, es reconocido por Cupido como el deseo mismo de plenitud de vida con su amor al prójimo y la pureza del corazón:

¡Salve a ti, noble Timón, y salud a todos los que disfrutan de tus liberalidades! Los cinco mejores sentidos te reconocen por su patrón y vienen espontáneamente a felicitar a tu corazón generoso (I.ii).

Este corazón generoso es el centro del poder de Timón mediante el cual “La servidumbre se infiltra como el dulce soplo del beneficio”. La proverbial prodigalidad del rico ateniense permite el ejercicio de un poder casi absoluto que permanecerá en tanto exista su fortuna.

Timón es un hombre bueno pero también poderoso, que sabe que la fuerza proviene de la posesión divina y de la imposibilidad de la reciprocidad de los otros, es el gran proveedor, es el verdadero sentido del poder, pues “la ausencia del intercambio reduce el cosmos entero a la exacta medida de la prescripción del poderoso”, aunque los fines que éste persiga estén encaminados a una obra digna.

Se trata de aniquilar toda posibilidad de reciprocidad del intercambio, de dar sin recibir nada a cambio, para mantener así su poder, aunque éste se convierta en el ya citado juego de simulacros.

Señor 2. Hace llover sus generosidades, Pluto, el dios del oro, no es más que su administrador; no hay mérito que no remunere siete veces más de lo que vale; no hay regalo que no reporte a su autor un regalo que exceda de todas las medidas ordinarias (I.i.).

Timón existe para desplegar acciones excepcionales que lo convierten

en el sujeto permanente de la adulación de los otros, y su generosidad es la razón de esa simulada obediencia, que lo hace un ser extraordinario. El ideal de Timón se impone sobre la realidad, su visión de una amistad hermanada es un simulacro de paraíso, correspondido por la adulación-simulacro de sus beneficiarios.

Su exaltación de la amistad, o su necesidad de ella, le oculta la imagen real de aquellos que lo cortejan por interés. En este juego de simulacros Timón es incapaz de ver lo que es evidente para un simple criado y en su idealismo le parece que su mundo de sueños es el único real. El velo en sus ojos lo hace incluso tentar la propia fortuna al preferir a sus amigos más que a ella: *sois los bien venidos para mi fortuna, más de lo que es ella misma para mí.*

Su idealismo y sentimientos aristocráticos son inatacables desde la realidad exterior, por lo cual toda su acción está condenada a pasar por alto esa realidad. Sus valores le impiden escuchar las sencillas advertencias de sus criados contra los aduladores, es innoble sospechar de la amistad en la cual se confía ciegamente, pese a la falta de reciprocidad propiciada por el propio Timón.

Las voces como las de Flavio, el administrador, se escuchan aparte, como para recalcar la sordera de Timón a los juicios sensatos que advierten la inminencia de los peligros de la simulación.

¡Más alhajas aún! No hay medio de contrariarlo en sus caprichos; de otro modo le hablaría; sí a fe mía, debiera hablarle. Cuando esté gastado todo, entonces querrá que se le hubiera contrariado. Es lástima que la generosidad no tenga ojos en la espalda para que este hombre no estuviese nunca en la miseria a causa de su buen corazón.

Flavio concluye sus reflexiones señalando

...Se es mucho más feliz con no tener amigos que alimentar, que con tenerlos, como los que son peores que los mismos enemigos. Mi corazón sangra por mi amo (I.ii).

Timón el rico, elegante, refinado y magnanimo ateniense, como sus

maneras cuidadas y dispendios señoriales, corresponde como ningún otro al ideal humano, pero este ideal acaba por arrojar al hombre a una situación donde el poder ha perdido la noción de límite, y con ello a una intensificación de la violencia que llevará, como veremos, al sacrificio del personaje.

Sus sirvientes saben que su pérdida es la pérdida de una edad de oro. Un espíritu brillante ha estado en la tierra, espíritu de infinito amor y plenitud, y sus alas se han manchado por la mortalidad!⁴

La mortalidad que ha manchado el idealismo de Timón, imposibilitado de mejorar el mundo, es la demostración de que todas sus acciones están condenadas a pasar por alto la realidad. Vive en un mundo de sueños que le parece el único real, pero es precisamente ese universo el que ha llegado al fin de sus días. La nobleza del magnánimo ateniense y su fuerza vital se han vuelto una fricción frente a la cínica simulación de la sociedad del cálculo y del provecho, que nada semeja la del corazón que sangra de Flavio, el administrador.

La trama nos presenta el conflicto de dos mundos, a través de las discusiones entre Timón y el rudo filósofo Apemanto. El enojo del primero contra el segundo, es la manifestación de una pugna entre el reino de la metafísica y el reino del simulacro, entre una visión intuitiva, vinculada con la fe romántica y caballeresca de Timón, y una intelectual, tendiente al cinismo, representada por el filósofo.

El principio del poder-generosidad-amistad de Timón es absoluto, como cuando dice: *no hay nadie que pueda decir que dé verdaderamente, si se le restituye...* o cuando señala en la frase ya citada: *verdaderamente me he deseado a menudo ser más pobre, con la idea de sentirme más cerca de vosotros*, por ello el anfitrión de los espléndidos banquetes no tolera la rudeza de Apemanto, en cuyas palabras todo se pierde en el juego del aparecer y desaparecer de la metamorfosis.

⁴Knight, *op. cit.*, p. 340.

Al igual que ocurre con las advertencias de los criados, Timón destierra de su imagen ideal las del filósofo, para el cual todos los atenienses son pillos y adaladores.

...Aquel que gusta de ser adulado es digno del adador. ¡Cielos, que no fuera yo un señor!

¡Decir que hay tan poco afecto entre estos empalagosos bribones con toda la cortesía que veís!

Estas saludes os harán enfermar, a ti y a tu fortuna.

No, no quiero nada, pues si me dejase también corromper, no quedaría nadie para ridicularizarte, y entonces pecarías más que aprisa (I.i y ii).

Se nos presenta aquí el problema de la desconfianza de Timón en lo racional, expresado en el realismo de las palabras de Apemanto, que no puede ser aceptado por la intuición romántica y señorial del primer caballero de Atenas. El rechazo tajante de Timón es elocuente cuando afirma:

Vamos, he jurado no prestaros más atención en cuanto comencéis a **ridicularizar a la sociedad**. Adiós y volved con una música mejor.

Su sordera se hace patente de nuevo ante la posibilidad de afectar su imagen de la sociedad que sueña

Apemanto. Bien, no quieres oírme ahora; no me escucharás más; voy a cerrarte las puertas del saludo. ¡Oh! ¿Deben los oídos de los hombres estar sordos a los buenos consejos cuando no lo están a la adulación? (I.ii).

Al iniciar el acto segundo, es ya clara la imagen de la tragedia, “la transferencia sobre el héroe se transforma en un simulacro religioso donde el objeto transferencial queda cargado en el sentido absoluto de la vida y de la muerte... la muerte del caudillo no es sino el reflejo simbólico de la muerte de la sociedad misma... sólo la inmolación de otro ser (chivo expiatorio), puede cambiar un poco la inmortalidad perdida”.⁵

⁵ Ayala, *op. cit.*

Es de nuevo Apemanto quien nos advierte sobre el inminente sacrificio de Timón cuando desde el acto primero dice:

¡Oh cielos, qué masa de personas come a Timón, y él sin advertirlo! Me molesta ver tantas gentes empapar su pan en sangre de un solo hombre, y el colmo de su locura es que él los aplaude por ellos. Me extraña que los hombres se atrevan a confiar en los hombres; me parece que deberían invitar a sus semejantes a venir sin sus cuchillos, sería económico para su comida y seguro para sus existencias.

Nos hacemos los locos para aturdirnos a nosotros mismos, y nos prodigamos las lisonjas para beber a la salud de los mismos hombres sobre cuya vejez escupiremos más tarde el vino que hemos bebido con rencor venenoso y envidia... Temería, por mi parte, que las mismas gentes que danzan hoy delante de mí no me hallasen un día con sus pies. Porque está visto: los hombres cierran sus puertas frente al sol poniente (I.ii).

A partir de ese momento se desencadenan los acontecimientos que precipitan la ruina de Timón, el mundo apariencial se convierte en real y por ello se interpreta como efímero, azaroso, contingente, violento y mortal, en un juego de afirmaciones indiferente a cualquier referencia de un orden trascendente.

Su ruina es el fin de una forma de simulacro sumado a la pérdida de su poder, que se deslegitima al perder su efectividad. Las realidades fantasmales de la propia simulación adquieren su verdadera faz; una cínica realidad exige el sacrificio ritual del otrora "*corazón generoso*", demandando su sangre ante la posibilidad de seguir usufructuando sus riquezas.

La rueda de la fortuna ha girado poniendo todo de cabeza, subvirtiendo el orden: *este señor Timón, que brilla ahora como un Fénix, no será más que un pájaro desplumado.*

La visión trágica de la existencia humana llevada a sus últimas consecuencias lógicas conduce a la destrucción y al caos. La sociedad ridiculizada por Apemanto se manifiesta en toda su realidad egoísta, cínica e interesada, en oposición al ideal del hombre que Timón representa, poniendo fin a la armonía natural y el tipo de civilización que él encarna.

Senador ...Ésto no puede durar, no durará. Si siento necesidad de oro, no tengo más que robar el perro de un mendigo y darlo a Timón; a fe que este perro me apedreará con oro. Si tengo afán de vender mi caballo y de comprar otros diez que valgan más, pues no necesito sino dar mi caballo a Timón, dárselo sin pedirle nada, e inmediatamente esta bestia va a *potrearme* diez soberbios caballos. No es un portero quien está a su puerta, sino más bien un hombre encargado de sonreír y de invitar a entrar a todos los que pasan. Esto no puede durar; no existe ninguna razón para creer que su fortuna es sólida (I.ii.).

Al descorrer las veladuras de la simulación, Timón enfrenta un mundo que ha rechazado y que ahora exige su sacrificio. "Su calor, no saciado por el modo llamado 'vida'", ha sido agotador... La salud y la vida han sido para Timón como una larga enfermedad... Para él la vida y la muerte han intercambiado su significado".⁶

Sin embargo, Timón se resiste a ver desaparecer su mundo, cuando le reclaman sus acreedores responde aún como un aristócrata que está por encima de trivialidades o cosas mezquinas como el dinero y dirigiéndose a Flavio exclama:

Venid aquí, os lo ruego. ¿Qué sucede en el mundo para que se me asalte con demandas de abono de pagarés vencidos y de deudas largo tiempo diferidas, en detrimento de mi honor? (II.ii.).

En un fugaz momento de realismo llega a decirle al mismo Flavio:

Me colmáis de asombro. ¿Por qué habéis esperado hasta este día para exponerme claramente mi situación? *Habría podido de esa manera acomodar mis gastos a mis recursos.*

para que de inmediato refuerce su negativa de aceptar esa realidad contingente

⁶ Knight, *op. cit.*, p. 336.

No digas ni pienses jamás que los amigos de Timón dejarán que perezca su fortuna...

Mi generosidad no ha sido de naturaleza para acusar a mi corazón; he dado locamente pero no innoblemente...

Y al considerar las cosas de cierta manera, estas necesidades en que me hallo coronan tan bien mis anhelos, que las tengo por una bendición, porque, gracias a ellas, podré probar a mis amigos, y vais a ver como os equivocáis sobre mi fortuna. Soy rico por mis amigos ¡A ver uno! (II.ii.).

A partir de este momento se agudiza el contenido trágico de la obra, el mundo de Timón y su poder resultan ser tan efímeros como la vida misma, por lo cual su colapso se identifica con la desaparición de ese mundo y la muerte de su mejor representante.

De protector rico y amigo generoso, Timón pasa a ser un paria; los que antes lo adulaban hoy le dan la espalda y le niegan su amistad, la diosa fortuna no sonrío más, mostrando la desigualdad entre los hombres así como la naturaleza parcial e imperfecta de la humanidad idealizada por Timón.

Como en Calderón, la vida es un sueño, los límites entre la vigilia y el sueño se pierden, lo real se vuelve irreal al mismo tiempo que los fantasmas adquieren corporeidad, los valores de ayer se transforman en antivalores, la amistad es un sangriento engaño mientras la justicia aniquiló a los justos.

La alegoría de la fugacidad del poder se resume en el arte humano de poner todo de cabeza, la contingencia ahoga todo sentido de trascendencia dejando solo un vacío, una nada esencial, el desengaño, la conciencia de la muerte

Flavio. ¡Cielos, he dicho, mirad la generosidad de este señor! ¡Cuántos pedazos prodigados han engullido esta noche los esclavos y los campesinos! ¿Quién no es el hombre de Timón? ¿Quién no pone a la disposición del señor Timón su corazón, su cabeza, su espada, su fuerza, sus recursos? ¡El gran Timón, el noble, el digno, el real Timón! ¡ah!, cuando las riquezas que compran esas alabanzas hayan desaparecido, *el soplo del aire de que están hechos esos elogios se extinguirá también*. Lo que gana la gordura cara,

el ayuno lo pierde. Que una nube de invierno desate la lluvia, y veréis todas esas moscas abajo (II.ii).

El frágil sueño del voluntarismo humano resulta demasiado ingenuo para instaurarse como discurso propositivo y tiene como contraparte un mundo desgarrado por la violencia, la desmesura del poder y la ingratitude.

Se puede contrastar la nobleza de Timón con la cínica actitud de sus antiguos amigos, quienes se olvidan de los favores recibidos como muestra de toda la ingratitude existente en el alma de los hombres.

Cuando la jerarquía vacila, el mundo parece encarar la posibilidad del caos. La ruina de Timón parece despertar la peor faceta de los seres humanos. La vieja y noble actitud de aquél, resalta con la mezquindad de sus oportunistas aduladores. Otro será el mundo que sustituye al de Timón, *me percato*, dice un extranjero, *de que los hombres deben aprender desde ahora a prescindir de toda piedad, pues el interés se entroniza sobre la conciencia*.

Dos parlamentos del tercer acto de la tragedia, de un Timón escarnecido por los hombres, son una fiel expresión de odio a la nueva realidad pueril que esos hombres representan.

Un mundo sin nobleza es un mundo indigno y por ello Timón decide apartarse de él, su desilusión lo obliga a buscar la muerte como única posibilidad de alcanzar un orden trascendente.

Pero en esta nueva forma de vida en la que “el interés se entroniza sobre la conciencia”, Timón realiza su último acto de simulacro, para mostrar a los otros su desencanto ante la vieja y amada Atenas. Sabedor de la ingratitude de sus antiguos favorecidos, planea un último banquete invitando a todos ellos, como si su ruina fuese un artificio que tenía como finalidad demostrar sus lealtades. Este es el postrer e ilusorio ejercicio de poder de Timón, que marca a su vez el fin de una forma de simulacro de poder representada por el alma noble de Atenas.

¡Oh vosotros, grandes bienhechores, esparcid por nuestra sociedad la virtud del agradecimiento! ¡Exigid vuestras alabanzas por vuestros dones! Pero

reservaos el poder de dar todavía, por miedo de que vuestras divinidades no sean despreciadas. Prestad bastante a cada uno; porque si vuestras deidades tuviesen necesidad de pedir prestado a los hombres, los hombres renegarían de los dioses. **Haced que el festín sea más amado que el hombre que lo da.** Que cuantas veces se reúnan veinte personas, haya veinte bribones; que cuando doce mujeres estén sentadas juntas a la mesa, haya una docena de ellas que sean... lo que son. En cuanto al resto de vuestros enemigos, ¡oh dioses!, conceded al Senado de Atenas y a la vulgar hez de su pueblo y a todos en conjunto el beneficio de sus propios vicios (III. vi.).

El discurso sobre el oro en la tercera escena del acto cuarto, es el virtual reconocimiento de la muerte de los viejos valores, así como del trastrocamiento del mundo por el dinero. Es el nacimiento de este nuevo y fundamental poderoso caballero de la historia moderna.

(Timón que mira el oro) ¡Oh tú, dulce regicida, amable agente de divorcio entre el hijo y el padre! ¡Brillante corruptor del más puro lecho de Hime-neo! ¡Marte valiente! ¡Galán siempre joven y fresco, amado y delicado, cuyo esplendor funde la nieve sagrada que descansa sobre el seno de Diana! Dios visible que sueltas juntas las cosas de la Naturaleza absolutamente contrarias y las obligas a que se abracen; tú, que sabes hablar todas las lenguas para todos los designios. ¡Oh tú piedra de toque de los corazones, piensa que el hombre, tu esclavo, se rebela, y por la virtud que en ti reside, haz que nazcan entre ellos las querellas que los destruyan, a fin de que las bestias puedan tener el imperio del mundo.

Nos encontramos también con el nacimiento de un nuevo reino del simulacro correspondiente a la entronización del oro-interés. Lo que estaba velado para Timón, hoy se desvela: la dulce sumisión, el ejercicio del noble poder, se observa ahora en toda su cínica vulgaridad. La fascinación del mal descansa en el pálido desencanto del bien y la muerte del héroe es el reflejo simbólico de la desaparición de su sociedad, *Quien rebaja mi honor, dice Sempronio, no conocerá mi dinero:*

Criado. ¡Excelente! Vuestra señoría es un canalla bajo la máscara de un hombre virtuoso. El diablo no sabía lo que hacía cuando forjó el hombre

político; se creó obstáculos a sí propio y creo que al fin las perfidias del pillo del hombre le harán parecer blanco como la nieve. ¡Qué escrúpulos muestra este señor para embellecer la negrura de su alma! ¡Qué apariencias de virtudes toma para ser perverso! Se semeja a esas gentes que, bajo el pretexto de un celo ardoroso y cálido prenderían fuego a los reinos. De igual naturaleza es su amistad política. Esta era la mejor esperanza de mi amo; todos han huído, no quedan más que los dioses. Ahora sus amigos están muertos y sus puertas, que durante tantas prodigalidades no reconocieron jamás los cerrojos servirán desde ahora para mantener en seguridad a su dueño. Y ahí está todo lo que, en fin de cuentas, una conducta liberal os produce; el que quiera guardar su fortuna, debe guardar su casa.

Se trata de la sustitución del viejo simulacro de poder aristocrático, encarnado en la generosidad de Timón, por un nuevo simulacro utilitario representado por el realismo del engaño como forma de la política

Pintor. Es lo mejor. Prometer resulta siempre del mejor tono; mantiene la esperanza con los ojos abiertos, mientras que una promesa ejecutada deja sin emoción ninguna aquel para quien se ejecuta, y salvo en las jerarquías del sencillo y franco pueblo, hacer lo que se dice está completamente pasado de moda. Prometer es lo que hay de más elegante y que trasciende a los mejores aires de la corte. Ejecutar las promesas es hacer una especie de testamento, que denota un juicio bien desdichado en el que es capaz de tal cosa (V.i.).

¿No es éste acaso el comportamiento del Senado de Atenas, la actitud de los aduladores de Timón, la práctica de sus engañosos amigos y comensales?

La pasión trágica de Timón rechaza el lógico cinismo de la mentalidad utilitaria de sus viejos amigos que lo conducen al sacrificio para que Atenas siga viviendo. Es en la muerte y en el fracaso donde se da la posible activación heroica del hombre y se pone de manifiesto su esencial nobleza.

El sacrificio de Timón es una forma de regular la violencia en el momento en que el poder ha perdido su noción de límite. La única forma de crear orden es recurriendo a la violencia, al exterminio de una parte del

mundo que no puede insertarse en el ciclo de una producción porque terminaría con él por hipertrofia.⁷

El último diálogo sostenido entre Timón y Apemanto manifiesta que el poder del primero no es el del oro, sino el de la noble generosidad. A Timón no le interesa la riqueza como tal, su necesidad de sentirse valioso, está en función de su conciencia, no en el interés. Solamente quien tiene puede renunciar a los bienes y su alma noble y generosa es lo que ha tenido para dar.

Apemanto se dice un miserable voluntario y acusa a Timón de serlo forzosamente, *volverías a ser un cortesano, si no fueras ya un mendigo*. Sin embargo, Timón ha encontrado oro en la caverna en donde se refugia pero éste no le sirve más, pues su pérdida no es la del metal, sino el colapso de su sociedad. Los dones de la fortuna se terminaron, la nueva posesión del oro solamente le sirven para denostar y maldecir al nuevo mundo que odia y con el que no se identifica.

El filósofo no podía renunciar a lo que no tenía. La fortuna, los dioses, eran la fuente de legitimidad de Timón, quien no gozaba de ella no podía ejercer ese noble poder y cuando Apemanto le dice *deberías desear morir, puesto que eres miserable*, Timón responde

No por tu consejo, que todavía es más miserable. Eres un esclavo a quien el tierno brazo de la fortuna no estrechó nunca con sus favores; has nacido perro. Si, como nosotros, desde que estabas en mantillas hubieses crecido subiendo uno después de otro todos esos grados de voluptuosidades que este pequeño mundo concede a los que pueden mandar libremente a los granujas pasivos que contiene, te habrías sumergido en el libertinaje perpetuo, habrías hundido tu juventud en innumerables hechos lujuriosos; no habrías aprendido jamás los fríos preceptos del respeto, sino habrías seguido la presa azucarada puesta delante de tí.

Pero yo tenía el mundo entero por confitero, tenía a granel las bocas, las

⁷ Luis Alberto Ayala, *Poder, simulacro, sacrificio: un acercamiento al concepto de poder en la obra de Roberto Calasso*, Tesis de Maestría en Ciencia Política, FCPyS, UNAM, 1995, p. 77. Varios de los conceptos utilizados para el análisis de *Timón de Atenas* están tomados de la obra de Calasso y del acercamiento de Ayala.

lenguas, los ojos, los corazones de los hombres, en mayor cantidad que podía emplearlos; se adhirieron a mí, incontables como las hojas de una encina, y sin embargo, bajo un soplo de invierno han caído de sus ramas y me han dejado desnudo, expuesto a toda tempestad que sople; me causa cierto sufrimiento soportarlo, yo que jamás he conocido más que cuanto hay de mejor en este mundo. Pero tu has nacido en el sufrimiento, y el tiempo no ha hecho sino endurecerte.

¿Por qué has de aborrecer a los hombres? No te adularon jamás; ¿qué les has dado? Si quieres maldecir a alguno, es necesario que maldigas a tu padre, ese pobre guiñapo que, en algunas horas de despecho, cubrió con su tela a alguna mendiga, y te formó pobre bribón por herencia. ¡Fuera de aquí, vete! Si no hubieses nacido el peor de los hombres, serías una granuja y un adulator (IV.iii).

El odio de Timón es proporcional a su antigua generosidad, el desencanto es el fin de la ilusión de un mundo de amistad presidido por el amor, que no existe ya. La amargura reina ahora en su corazón y su boca destila la hiel hiriente del defraudado.

La aparición de una nueva riqueza o los ofrecimientos posteriores del Senado, no sirven para restablecer su mundo; por el contrario, el oro será en esta ocasión su instrumento de cólera. Contando con él, Alcibíades tendrá la posibilidad de atacar Atenas para vengarse por su destierro y vengar al propio Timón, aunque éste no tenga ningún interés en ello.

El "galán siempre joven" sirve, asimismo, para humillar al poeta y al pintor, o para escarnio de las prostitutas que acompañan a Alcibíades;

Timón. Continúa siendo puta; los que usan de ti no te aman; dales enfermedades y que ellos te dejen su vigor. Haz bien uso de tus horas de lubricidad; sazona a esos bribones con la tina y el baño y reduce a los jóvenes de mejillas rosadas a la dieta y abstinencia (IV, iii).

o también para despotricar contra la humanidad con los ladrones

Las leyes, vuestro freno y vuestro látigo, por el poder brutal que hay en ellas, son un hurto desenfrenado.

¡Andad, y no os améis los unos a los otros! ¡Robad los unos a los otros!

Aquí tenéis más oro!... ¡Cortad los cuellos; todos los que encontréis son ladrones (IV. iii).

Los últimos parlamentos de Timón son corrosivos, su odio es tan ciego como lo fue su amor; pertenece al más puro espíritu escéptico e iconoclasta que, sin ver ni aceptar la realidad, queda inserto en la nada.

Su amargura, como la de otros personajes shakesperianos, es grande a la par que su desilusión, la mirada desdeñosa y las palabras hirientes del cinismo. Su negatividad absoluta sólo es recuperable a través de su muerte en algo positivo: la salvación de Atenas, que ya no es su propósito.

La antigua simpatía de Timón para el género humano en su reino de poder, se transforma en furia, ante la imposibilidad de reconstruirlo; por tal motivo, su única forma de permanencia y estabilidad es la muerte. Por esta situación, él mismo se encarga de su tumba, el último simulacro estriba en el hecho de morir como realidad para convertirse en ilusión de un nuevo poder; la inmortalidad se produce solamente con la infinitud de la muerte.

Vamos, Timón, prepara ahora inmediatamente tu tumba. Vas a dormir en lugar donde la espuma ligera del mar pueda batir a diario la piedra de tu sepulcro. Haz tu epitafio, y hazlo de tal suerte, que tu persona muerta dirija un sarcasmo a las existencias de los otros (IV.iii.).

Indiferente al mundo, no importa ya la posibilidad de rectificación por parte de quienes se encargaron de destruirlo. El mundo es de apariencias, azaroso y finito, nada permanece, cualquier intento de recuperación es vano pues todas las cosas llevan a Timón al vacío de la nada.

En él no hay mal porque se aparta de la humanidad, como dice Flavio

En vano es que tratéis de hablar a Timón, pues se ha reconcentrado de tal manera en sí mismo que, excepto él solo, ningún ser que ostente fisonomía de hombre le es simpático (V.i.).

Aquí aparece el odio como rechazo de la realidad por parte de una

alma noble. Amante desilusionado y cólerico, Timón aspira a la “nada” de la muerte.⁸

Cuando los senadores lo buscan para salvar a Atenas de la furia vengativa de Alcibíades, Timón no se deja ya seducir:

Senador. Se declara que la ingratitud con respecto de ti, ha sido demasiado pública, demasiado grosera, y el cuerpo social que raramente rectifica sus actos, sintiendo dentro de sí la ausencia de la ayuda de Timón, tiene el sentimiento del propio peligro que corre al rehusar su ayuda a Timón. Los ciudadanos nos envían a traerte el voto de su contrición, y al mismo tiempo una compensación bastante rica para que obre con un peso mayor que su ofensa; sí, te envían tan abundante tesoro de afecto y de riqueza, que borrarán las culpas que han cometido e inscribirán en ti el testimonio de su amor eterno con caracteres imperecederos.

Timón. Vuestras palabras me envuelven en un sortilegio; me llevan verdaderamente hasta el borde de las lágrimas. Prestadme un corazón de loco y unos ojos de mujer, y lloraré por estos consuelos, digno senador (V.i.).

Rechazando disculpas y recompensas, Timón reconoce la futilidad de recuperar una existencia destrozada:

Las únicas obras de los hombres son sus tumbas, y su sola ganancia, la muerte. ¡Sol, oculta tus rayos! Timón ha terminado su reino (V.i.).

Es Alcibíades el encargado de instaurar el reino del nuevo simulacro, su espada representará el ramo de olivo:

Haré que la guerra engendre la paz, que la paz sostenga la guerra y que cada una sirva de médico a la otra (V. iv.).

El mundo y la civilización de Timón desaparecen con el héroe, Alcibíades encarna a otra generación, que sustituye a una ya caduca. La

⁸ Kight, *op. cit.*, p. 387.

utopía de Timón fue ahogada por la realidad contingente. El mito de su reino es un simulacro que da cuenta de los simulacros allí ocurridos y de sí mismo. Es el portavoz de su tiempo que anuncia lo que la realidad denota a cada paso, a saber: que el universo de Timón ha llegado al fin de sus días y que su fuerza vital se ha consumido con el “corazón generoso” vuelto ficción, porque sabe que detrás de él no hay nada. A pesar de ello, el tiempo humano sigue adelante, “el paraíso terrenal es un engaño, y el reino de Timón, si en verdad existe, no es de este mundo”.⁹

⁹ *Ibidem*, p. 345.